

1946 - Pregón de Nadal en Begonte

José Luis Hernandez Sastre

Queridos amigos:

Os debo una explicación sobre mi presencia aquí entre vosotros. Se debe, no por supuesto a merecimiento alguno, sino exclusivamente a una poderosa razón de amistad.

Hace algo más de un mes, D. José, nuestro querido D. José - que es un liante- me invitó a que pronunciara este Pregón de Navidad. Y la verdad; entonces, ni supe, ni pude, ...ni quise ¡qué caramba! negarme, porque conozco bien Begonte y con algunos más de sus vecinos me unen lazos de sincera amistad. Incluso la palabra Begonte tiene bastantes letras de las que componen Belón. Y tenéis un precioso Nacimiento, al que sé mimáis. Por todas estas razones estoy aquí. Y aquí está el

A veces tenemos que utilizar determinadas palabras para entendernos mejor. Aunque sobren; aunque no hagan falta. Para mí, realmente, que la palabra Navidad no necesitaría ir precedida de la de Pregón. Porque ella misma, Navidad, es un auténtico Pregón. El más gigantesco Pregón. El mejor de los mensajes. Un irrepetible mensaje de amor.

Mirad; ahora que acabamos de celebrar el Bimilenario de la fundación de la ciudad de Lugo, recordaremos que el Niño-Dios nació mientras gobernaba en Roma el César Octavio Augusto, el mismo que años antes de este Nacimiento fundara Lucus Augusti, el actual Lugo. Sabemos efectivamente que Cristo nació antes de morir Herodes (la noticia de esta muerte la recibe la Sagrada Familia estando ya en Egipto). Herodes murió en abril del año 750 de la fundación de Roma. Si el Niño Jesús tenía ya entonces unos tres años aproximadamente, habría que situar su nacimiento en torno al año 747 de la fundación de Roma; es decir, unos siete años antes del que hoy llamamos año primero después de Cristo. Por tanto ahora realmente nos encontramos en el año 1.982 ó 1.983 de su nacimiento. Su Bimilenario podemos cifrarlo que tendrá lugar hacia el año 1.993, dentro de unos 17 años.)

Esto en cuanto al tiempo.

En cuanto al lugar, todos sabemos que Jesús nació en Belén. Belén es un pueblo normal, como hay muchos en Palestina. Pero para nosotros no es un pueblo corriente, ni mucho menos. Belén es un poco la patria de la infancia de todos. Los que nos llamamos cristianos guardamos un rincón de nuestro corazón para esta ciudad. Es como si hubiéramos vivido allí de pequeños; conocemos sus calles, sus casas, sus arroyos. En nuestro pensamiento y en nuestro corazón hay siempre un Belén nevado. Estamos viendo el serpenteo alegre de ríos de papel de plata, y aquí y allá pastores al amor de una hoguera encendida en los pliegues de una pequeña montaña, cuyo rojo resplandor nos ofrecen pequeñas bombillas o papel de celofán, mientras a sus pies dormitan ovejas y corderillos cuyas blancas vestiduras de algodón se confunden con el paisaje.

Aunque todo lo demás exista, es curioso pensar que esta estampa del Belén frío que nos imaginamos se corresponda poco con la realidad. Casi nunca nieva en Belén;

raras veces en Palestina. Hay que sospechar con bastante fundamento que el Niño que nuestra imaginación ha hecho nacer en un portal rodeado y cubierto por la nieve, moriría posiblemente sin verla.

Pues bien; en ese tiempo y en ese lugar se produce el mensaje de amor. ¿Qué - nos dice la Navidad a nosotros, a los cristianos, o a los que nos llamamos cristianos, en 1.976?

Nos dice muchas cosas, aunque realmente hoy es difícil hablar de la Navidad. Y es difícil porque los que no creen consideran a la Navidad como un cuento, como una fábula, como una historia, como una irrealdad. Y los que creemos - o decimos que creemos- tenemos muy cerrados nuestros sentidos espirituales, aunque estén muy abiertos los corporales.

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN FAMILIA Y SIN NIÑO.

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN SENCILLEZ.

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN AMOR.

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN FAMILIA Y SIN NIÑO.

Jesús pudo muy bien haber venido al mundo montado en una vaporosa nube desde el cielo y eligió sin embargo hacerlo a través de una familia.

Ahora que empiezan a abrirse camino ideas torcidas tendentes no sólo a la disolución de la familia, sino también a considerarla como innecesaria o no conveniente, supeditándolo todo al caprichoso vaivén de las conveniencias de las personas, saltándose a la torera incluso los sentimientos y el cariño de "la otra parte" y siempre y en todo caso con el desprecio más absoluto a los seres más inocentes: los hijos. Pues bien; ahora que se vislumbra esta situación deplorable es cuando debemos aferrarnos más y mejor - defendiéndola a ultranza - a la única célula capaz de servirnos de defensa frente a las teorías demoledoras, porque es la única que principalmente sirve de sustento y fomento del amor. Y también para que se conserve. Decía Fulton Sheen - el obispo de la televisión norteamericana - que "nadie puede amar una cosa a menos que pueda rodearla en sus brazos". Y si algo podemos abrazar nosotros más es a nuestra familia. Además ¿de verdad creéis que hay algo más triste que un niño sin familia?

Tampoco hay Navidad sin niño. Ortega y Gasset decía que "si Dios se ha hecho hombre, ser hombre es la cosa más grande que se puede ser". Ahora que también está de moda no sólo la planificación demográfica y el control de los nacimientos, sino lo que es peor, la absurda y criminal idea de no dejar nacer a los que ya tienen vida.

La matanza de los inocentes decretada por Herodes ha quedado inscrita históricamente como una muestra inaudita de la crueldad humana. Monstruosa decisión política, incalificable moralmente, adoptada por el Rey para evitar el tambaleo de su poder, ya que el que nacía le habían dicho que sería el Rey de los judíos.

Pero la historia se repite con los mismos o parecidos errores. Hoy Herodes sigue matando. El aborto es la moderna matanza de inocentes. Pasaremos también a la historia de los infanticidios: el asesinato de los no nacidos, ... para evitar el tambaleo de nuestra comodidad. El dominio antiquísimo sobre vidas y haciendas, al cabo de 20 siglos, vuelve a reverdecer. Ahora que presumimos tanto de lo contrario, queremos dar marcha atrás en la historia de las liberaciones humanas; porque allí donde se legaliza el aborto, se ha dado el primer paso hacia un nuevo control de la vida por parte del Estado. ^{o de la sociedad.} Luego vendrá el control de la vida de los que ya empiezan a estorbar. Curiosa paradoja la de este mundo en el que nunca como hoy se habla tanto de la abolición de la pena de muerte. Curiosa paradoja en lo que podemos llamar historia de la eternidad de Dios en la que todos los días nace Cristo para que todos los días nosotros le crucifiquemos.]

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN SENCILLEZ.

A Dios sólo se le puede acercar el hombre por la puerta de la sencillez. En la Basílica de Belén hay solo una puerta: y ésta tiene poco más de un metro de altura. Por algo será. *Para ver al niño hay que agacharse; hay que empujarse.*

La realidad es que los hombres, siempre serios y aburridos, se habían imaginado al Mesías de cualquier modo, menos en forma de bebé. Si hubiera aparecido con las vestiduras de pavo real de los sumos sacerdotes, probablemente todos habrían creído en él. Si se hubiera mostrado sobre un carro de combate, vencedor fulgurante de todos sus enemigos, hubiese resultado creíble para sus compatriotas. Pero así, no.

Dice Bernanos que "vino Cristo al mundo y ni los periodistas se enteraron".

A nosotros esto nos parece imposible. Nosotros que deseamos que todas nuestras ac-

ciones - las buenas, claro- se conozcan; para qué están si no la prensa, la radio, la tv.; nosotros que alardeamos de nuestras amistades, que presumimos de codearnos con gente importante, no acabamos de entender que el Niño-Dios no hubiera venido al mundo a bombo y platillo y del brazo de lo más sobresaliente de la sociedad. Porque medios hay que suponer que Dios los tenía; y gente importante había entonces un rato. Como ahora. Y sin embargo, nace de una humilde virgen - casada con un carpintero- y nace en una cueva. Y se lo van a contar a ... unos pastores. Cuando-entonces eran éstos una especie de seres despreciables, de mala reputación casi. Y ahora no es que figuren por cierto en lo más alto de la escala social. ¿Verdad que no lo entendemos?

Es que para entenderlo hemos de despojarnos de las telarañas que oscurecen nuestra visión. Tiene que pasarnos a nosotros lo que a los pastores: que les gustaba más este Dios que el que se habían imaginado. Si hubiera nacido en el Palacio de Herodes no sería igual. Este era como ellos. No cabe duda; para entenderlo... hay que anifiarse, que no significa ni mucho menos abobarse. De otro modo no entenderemos jamás porque ^{Dios} al nacer eligió por palacio, un establo; por trono, un pesebre; y por cortesanos, a unos pastores.

Pero ¿acaso vivimos nosotros la Navidad con sencillez? Bien está que resuene la pandereta y la zambomba y que la alegría se vea por doquier. Pero cuidado, que casi casi la estamos celebrando sin el Nacido. Los belenes han ido sustituyéndose - en muchos casos realmente por falta de espacio, ya lo sabemos- por el Niño y el árbol. En otros casos sólo por el árbol. Al paso que vamos la Navidad se verá reducida a juguetes, cucharas, tenedores y bailes. ¿Hemos comercializado la Navidad como un artículo de lujo? ¿Es la Navidad el gran boom del año en las ventas?. No confundamos el cumpleaños del Señor con una carnalada pagana y filantrópica. Es curioso que sea la pobreza de un Niño nacido en un pesebre, dentro de un establo, la que dá pie para uno de los gastos más tremendos del año. ¿Es en honor del pobre de Yahvé en el que todos nos comportamos como millonarios?.

La Navidad en el mundo cristiano y en España concretamente, ¿es de verdad el misterio de Dios hecho Hombre, vecino pobre o la gran estafa de la sociedad de consumo -que se dice cristiana- a Dios? ¿Celebramos la Navidad o la anti-Navidad?.

NOS DICE QUE NO HAY NAVIDAD SIN AMOR.

La Navidad es la mejor prueba de amor de Dios hacia nosotros. Su venida a este

mundo, a hacerse como nosotros, sin que le fuera a El necesario. Esto todos lo comprendemos y así lo venimos reconociendo, por cuanto sabemos que no tenía necesidad de tanto para demostrarlo ni para redimirnos.

Pero también la Navidad nos habla de otro gran amor: el existente entre sus padres; entre S. José y la Virgen. Yo recuerdo al respecto haber leído en algún libro un pasaje de la Navidad y una interpretación de los hechos que me complazo extraordinariamente evocar. Y es por la directa repercusión que en nuestra inmediata actuación puede tener. Me refiero al porqué del nacimiento de Dios en una cueva.

San José era un artesano, un trabajador pobre, pero no un pordiosero ni un mendigo. Es decir, hay que suponer que, como tantos otros, podría haberse alojado —económicamente hablando— en una posada. También hay que pensar que, dada la característica y tradicional hospitalidad judía, nadie —ningún posadero— les hubiera negado a María y a José su derecho a pernoctar bajo techo. Hay que suponer que no fueron echados con cajas destempladas, como se representa esta escena en ocasiones.

¿Entonces?... Seguramente que no sólo las posadas sino también las casas particulares estuvieran llenas de gentes que tenían que cumplir con su deber de empadronarse. Las posadas entonces no se parecían en nada a los modernos establecimientos hoteleros de hoy en día, ni siquiera a los más modestos. Se cree que en una gran habitación de la casa o el patio interior de la misma era todo lo que se ofrecía corrientemente y allí se acoplaban como podían, separadas las familias por mantas o telas que ellas mismas llevarían, pululando por el interior —a su albedrío, en algún caso sujetos, los animales de que disponían.

Llegaron a la posada y allí no había sitio para ellos. Es muy fácil adivinar y en todo caso me gusta pensar que no lo había porque José amaba a María de la forma más delicada; porque no quería en modo alguno herir el pudor de su esposa; no le gustaba esa promiscuidad. Mucho menos viendo lo que se avecinaba: un parto. Y nada más y nada menos que el parto del Hijo de Dios. Por eso debieron irse a los alrededores y encontraron una cueva: el portal, el más famoso Portal de todas las épocas. Dejadme pensar que la Navidad de María y José, la primera Navidad de todos los tiempos, llevaba ese mensaje de amor.

Amor que aparece después también, en ese correr alborozado de los pastores que quieren ser los primeros en llegar para adorar al Mesías, y que llevarían sin duda sus ^{hechos} presentes para entregárselos. Amor en esos sabios, o Reyes Magos como to-

dos los conocemos, que no dudan en ponerse en camino para realizar un largo viaje y rendir pleitesía y tributo de admiración al Niño, al mismo tiempo que le entregaban sus ricos obsequios.

No cabe duda que Jesús vino al mundo con una nueva moneda para medir las cosas: el amor. Pablo VI ya nos dice que "El no viene para quitar, sino para dar. Ha venido para nosotros, no contra nosotros".

Mensaje de amor que nosotros debemos aprender y que tenemos que vivir. Y lo tenemos que vivir comprometidos. En primer lugar con el que vino a Belén. Una vez más el Señor llama a nuestras puertas; a la puerta de nuestro corazón, que sólo se abre por dentro, pues el amor no quiere saber nada de violencias. Viene a enseñarnos el amor al prójimo. Viene también a mendigar el nuestro. Es menester, pues, salirle al encuentro. Levantar la vista de la cuenta corriente, moderar el placer, renunciar al egoísmo y mirar al Niño Dios. Hoy, como ayer, se queda con nosotros o pasa de largo. Todo depende de nuestra actitud, de nuestra generosidad, de nuestras disposiciones. El llama a la puerta y si le abrimos ... entra. Los hombres podemos a veces olvidarnos de Dios, pero en esta noche Dios se acerca tanto a nosotros que es imposible esquivar su presencia.

En segundo lugar, comprometidos con los demás. En Navidad la gente tiene pleno derecho a sonreír y a soñar un mundo mejor o un mundo menos malo. Pero para ello hemos de estar de acuerdo con Albert Camus cuando afirmaba: "No es lícito ser feliz uno solo". Lo que nos sucede es que a Dios y a los hombres queremos tenerlos un poco guardando la distancia; son como el sol: agradables mientras estamos lejos. A Dios lo queremos tener lo suficientemente cerca como para que nos caliente y lo suficientemente lejos para que no nos quemé. A nuestro prójimo lo queremos a veces lo suficientemente cerca para verlo y para en ocasiones disfrutar orgullosamente haciendo el bien y siempre o casi siempre lo queremos lo suficientemente lejos para que no nos comprometa, o no nos estorbe.

Si la Historia es un sueño de Dios, como decía Unamuno, el hombre es la realización divina de ese sueño. Y no lo dudemos: mal se acompaña esta divinización con el pasar de largo ante la necesidad de los demás; con nuestros oídos sordos al clamor de los que ni siquiera en Navidad son o se sienten felices. En estos días que se acercan no podemos olvidar lo que para mí pudiera ser ^{un buen} ~~xxxxx~~ slogan de la Navidad: LO MEJOR DE NOSOTROS ESTA EN LOS DEMÁS.

Esto es lo que me sugiere la Navidad de 1.976. Nada más. Muchas gracias.